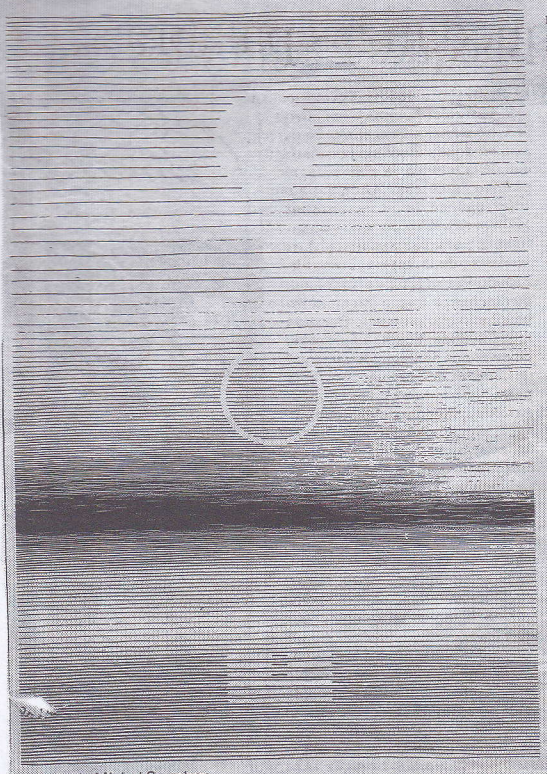
Poesía



Dibujo de Michel Seuphor.

El escondido núcleo de la identidad

ZAYA

LA CAVERNA DE LOT.
Dionisio Cañas.
Scardanelli. Hiperión.
Madrid, 1981. 64 páginas.

A diferencia de quienes han tratado de suspender o cancelar la significación del poema, su juicio y el lugar a donde conduce ese itinerario incierto de la «poesía de la distracción», la formulación de la entrega reciente de Dionisio Cañas, *La caverna de Lot*, concibe el poema como una descripción de esa ausencia y elige el espacio negativo del vacío como el camino hacia la plenitud.

El libro se abre sobre la pérdida del padre y se desarrolla en el deseo de volver con él «a fecundar la sombra bajo los algarrobos». Pero el poeta reconoce que esa recuperación sólo podría pertenecer al instante poético, sobre el que se resuelve la desposesión de la inocencia y donde el incesto, en el espacio claroscuro del recuerdo y del poema, es asumido y vindicado por el hijo como en la historia de Lot, en el *Génesis*. Reflexión doble: la del hijo en el padre y la de las palabras en la carne: el instante del poema quiere recrear el instante del amor. Doble incesto: el del hijo y el del poeta.

Aquella recuperación, sin embargo, aun cuando remitiera al «conozco que tú no existes / fuera de mi pensamiento», de Cernuda, no se propone a partir de la implicación de los temas de la culpa y la vergüenza —que en este caso se atribuyen al padre (en *Crepúsculo en Tartesos* y *Edipo rey*)— y ni siquiera llama a la compasión, la «sola cosa» que Cernuda quería bien. Dionisio Cañas prefiere postergar el encuentro porque esa reunión sería sólo momentánea, y reconoce la inutilidad de la recreación de una presencia perdida. Así, las palabras sólo son el ruido crepuscular de aquel instante y, como ante el cadáver de un caballo ahogado en el lago, del amor que el poeta reescribe. El poeta, entonces, nos muestra que tras el deseo situado en el espacio del instante de las palabras existe el del instante inasible al que, sin embargo, el poeta reconoce que sólo puede regresar, apenas atisbar, en las palabras mismas.

Tras este *Jardín de espera* que es el poema, «el instante / de verte / y no verte», el poeta parece resignarse en la pérdida. Este ha sido protagonista de una escena que repite una y otra vez, una escena a la que ya no pertenece ni le pertenece más. A través de un sistema de proyecciones, a veces un ave, otra las *Ruinas junto al Hudson* y otras un *Viejo atleta castellano* o el *Fragmento de una cabeza real*, el poeta —como el ave que recorre todo el libro y que es la superconciencia y una metáfora de la palabra— parece ser testigo de la escena y repetirla una y otra vez. Pero el poeta no sólo traza la memoria de la pérdida. A través del recuerdo y la repetición, Cañas extiende y abre *La caverna de Lot* hacia una transparencia donde la nostalgia se continúa en el presente y que incluye la condición del tiempo. Ese incesto lejano esclarece y revela la función del tiempo. Efectivamente, el poeta es consciente de que ese instante es irrecuperable incluso en la escritura, y «tras el resplandor del artificio, / deja lentamente / que termine la escena». De este modo, reconoce que el dolor tampoco le daría significación a ese recuerdo, a la vida misma, «canto callado de un silencio al que dan sentido». La vida es la destrucción del sentido. A través de este autorreconocimiento la palabra del poeta se transforma en revelación: la naturaleza del tiempo es la pérdida, la ausencia, y la vida, nuestra existencia, insignificante, no tiene más sentido que el de ese tiempo arrebatador. La palabra, pues, es el ave sorda que sólo puede alumbrar momentáneamente un poco de significación, «buscando música para su breve vuelo».

Al final, no parece haber lugar para la espera: su búsqueda ha sido devorada por la herrumbre de la muerte y el poeta asume en sí mismo la ausencia, devolviendo el abrazo. Pero esta disolución no es completa. Es la idea de la petrificación la que inviste a los poemas de *La palabra negada*, la última sección del libro. Aquí también la palabra pierde su sentido, los seres cancelan su significación y nuestro cuerpo se reduce a una idea, a un fragmento. Y así como la despótica presencia del padre revela en los poemas precisamente su ausencia, esa ausencia nos abre las puertas de la plenitud de las palabras.

Plenitud formulada como deseo

Pero todavía esa plenitud no se formula más que como deseo o, al igual que en Kafka, se pospone sucesivamente como palabra negada, sólo «una imagen de lo que fuimos». Con ello, en su orfandad poético-paterna, Dionisio Cañas ha conseguido que la apariencia asumida como ausencia pueda ser provocativa en su obsesiva repetición incestuosa. Pero convertida en fórmula, sus ideas no revelarían nada, sino ilustrarían; no sorprenderían, sino confirmarían. Llegado este caso, el poema correría el riesgo de perderse, muerto en un sentido bastante diferente al que reclama ahora una de las voces con mayor fortuna entre las más jóvenes de nuestra lengua. Y al decir de nuestra lengua, conscientemente, no quiero referirme tanto a la formulación poética que relaciona la poesía de Cañas con la de España como con la de América Latina, donde parece encontrar su ascendente inmediato.